

## POSVERDAD - CONFIGURACIONES FICCIONALES DE UN DIAGNÓSTICO CULTURAL<sup>1</sup>

Alejandro Gasel

Universidad Nacional de la Patagonia Austral-CONICET

Niklas Schmich

Universidade NOVA de Lisboa/Fundación Alexander von Humboldt

**Cómo citar:** Gasel, Alejandro & Niklas Schmich (2024): «Posverdad – configuraciones ficcionales de un diagnóstico cultural», en *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, monográfico 7: i-xv.  
DOI: <https://doi.org/10.15366/actionova2024.m7>.

---

<sup>1</sup> Este monográfico se enmarca en un proyecto en el formato tándem transatlántico con el título «Las narrativas de partidos de extrema derecha en la región de Sudamérica entre las masculinidades y la posverdad», desarrollado en la sede regional andina (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - FLACSO, Ecuador), del Maria Sibylla Merian Center for Advanced Latin American Studies (CALAS), una iniciativa del Ministerio de Educación e Investigación (BMBF) de Alemania. Queremos agradecer a las instituciones y a las personas implicadas su apoyo.

---

## I

Hace alrededor de una década, en 2016, el *Oxford English Dictionary* elige el término *Post-Truth* como palabra del año, con la siguiente definición: «Originally U.S. Relating to or denoting circumstances in which objective facts are less influential in shaping political debate or public opinion than appeals to emotion and personal belief» (OED). Si en los años posteriores el término fue ampliamente discutido por la crítica especializada, sobre todo la anglosajona, bien como expresión de una crisis epistemológica (d’Ancona 2017, McIntyre 2018 etc.) o bien como síntoma de las condiciones políticas de la sociedad de la información y el conocimiento (Block 2019, Kalpokas 2019 etc.), la presente publicación colectiva de la revista *Actio Nova: revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada* propone cuestionar la evidente pretensión del concepto de brindar un diagnóstico cultural del presente. El monográfico tiene como objetivo introducir la categoría de *posverdad* en el debate de los estudios literarios y culturales sobre la ficción, tanto por la evidente presencia de los elementos ficcionales –en el sentido amplio de la palabra– en los discursos de posverdad, como por la presencia de los discursos de posverdad en la ficción –en el sentido literario de la palabra–. Por dos razones conviene subrayar a priori el carácter operativamente abierto del debate académico al que este monográfico pretende aportar una contribución.

En primer lugar, este carácter abierto se debe a la evidente polarización del concepto en el ámbito público. Nada más lejos de las intenciones de esta publicación que dar por sentado un término sospechosamente vago en su uso y sumamente polémico en sus implicaciones políticas. Sus críticos lo consideran un síntoma politizado de una crisis epistémica histórica que elude las posibilidades perceptivas y cognitivas de los sujetos contemporáneos (Enroth 2023). Existen múltiples razones para dudar de la legitimidad del término. Por ejemplo, el hecho de que cobra relieve precisamente en el contexto públicamente polarizado de las elecciones presidenciales estadounidenses en 2016. Es razonable suponer que *Post-Truth* no es sólo estadounidense en cuanto a la genealogía del concepto, sino que la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca –30573 declaraciones falsas o engañosas en su primera legislatura, según el recuento de *The Washington Post* (Kelly/Kessler/Rizo 2021)– está estrechamente vinculada con su popularización. A la inversa, desde un punto vista histórico cultural, la relación conflictiva entre razón y emoción que plantea la definición del *OED* parece reactivar un tópico de la historia cultural occidental.

Desde la Antigüedad, los encubrimientos, el arte de la persuasión y la propaganda han sido prácticas habituales, especialmente en el ámbito de la retórica política (Aparici/García Marín 2019). De este modo, la categoría corre el doble riesgo de ser excesivamente restringido o, por el contrario, de perder sus contornos en una duración demasiado amplia.

Sin embargo, ¿no consiste la tarea de un análisis crítico en observar la relevancia pública de un concepto en circulación, como manifestación cultural, y discutir su legitimidad sin anticipar nuestro acuerdo o desacuerdo? ¿Y no son precisamente los términos controvertidos –aquellos que trascienden los límites de nuestro propio campo científico– los que, al someterse a un debate abierto, evidencian indirectamente la necesidad de una discusión crítica y metodológicamente rigurosa? Es innegable que lo que, desde hace algunos años, se denomina comúnmente posverdad describe fenómenos que remiten a elementos ficcionales en un sentido amplio, ya sea antropológico, retórico o narrativo. Partiendo de esta premisa, se plantea la cuestión de la contribución que los estudios literarios y culturales son capaces de aportar al análisis de una problemática ubicua con implicaciones alarmantes para la ética periodística, el discurso político y la autoridad del conocimiento científico (Chihai et al. 2021).

En segundo lugar, la metodología del debate abierto se distingue fundamentalmente de las formas manipulativas de argumentación de los discursos de carácter posfáctico. Partiendo de una multiplicidad de perspectivas hermenéuticas sobre documentos textuales, fenómenos culturales, obras de arte o hechos históricos, la dinámica de los debates en las humanidades comprometidos con un ideal de una ética exploratoria implica cuestionar las premisas propias, soportar la oposición crítica y entender los enfoques subyacentes a la producción de conocimiento como un procedimiento sujeto al constante cambio histórico. Por el contrario, las retóricas políticas populistas y las teorías de la conspiración, por ejemplo, son fenómenos discursivos que a menudo giran en torno a la idea de proclamar *la verdad única*, y presentan una similitud estructural que se caracteriza por su notable contraste metodológico respecto a una adquisición rigurosa de conocimiento. Ambos reducen la complejidad de los problemas de una vasta realidad contingente para brindar respuestas resistentes a un compromiso con los hechos apelando a la emocionalidad de sus receptores. Los análisis políticos se convierten en una búsqueda patológica de culpables, el diagnóstico prudente de las fracturas sociales en un imaginario pintoresco de enemistades y el debate plural sobre las posibles salidas en una escenificación estruendosa de mensajes mesiánicos. Ambos discursos, el populista y el conspirativo, parten de una cosmovisión maniquea del

mundo que anula cualquier impresión de desasosiego ante el carácter pluridimensional de la realidad social. En sus sistemas de referencia existe exclusivamente la dicotomía hiperbolizada entre el blanco y el negro, el bien y el mal, lo propio y lo ajeno. Además, en las teorías conspirativas –desde las *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme* (1797) del sacerdote jesuita Augustin Barruel hasta los *bestsellers* pseudocientíficos de Erich von Däniken– no hay lugar para el azar, la duda y la contingencia. Toda la realidad histórica puede reducirse a una cadena de observaciones cohesionadas narrativamente por una ley universal de causalidad (Butter 2018).

Sin embargo, los *relatos conspirativos* sólo forman una de las muchas prácticas en la caja de herramientas del discurso posfactual. Como figuración de una imaginación social son, como vemos a continuación, una modulación más sistemática que las *verdades a medias*, las *mentiras*, el *humbug* y el *bullshit*. Los diferentes instrumentos manipulativos del discurso posfactual a menudo se confunden o se utilizan como sinónimos en la prensa diaria, en los debates políticos o en la vida cotidiana. Lo que sigue es, pues, un breve intento de catalogación:

1) Los *relatos de conspiración* pueden entenderse como la imaginación de un colectivo enemigo. Afirman que «un grupo que opera en secreto, los conspiradores, intenta controlar o destruir una institución, un país o el mundo por motivos viles» (Butter 2018: 21). La verdad o falsedad de las declaraciones sobre el grupo que sirve de blanco para la teorización conspirativa desempeña un papel secundario en la categorización del fenómeno. Aunque aquellas narraciones circulan a menudo en medios alternativos cuyos usuarios suelen percibirse a sí mismos como una comunidad de destino de mentes privilegiadas en su enfrentamiento con hechos escandalosos, la constatación de la existencia de una alteridad clandestina forma el núcleo de su imaginación social. Por lo tanto, una narrativa conspirativa pretende trazar una línea divisoria entre la existencia social propia y la de un grupo ajeno. El mundo secreto del grupo conspirativo siempre queda fuera del sujeto que proclama la teoría conspirativa o de sus seguidores.

2) Frente a la sistematización narrativamente compleja de las teorías conspirativas, las *verdades a medias* se miden por el manejo de la verdad en cuanto categoría epistémica y ontológica. Si la posverdad según la *OED* se define por la supremacía de los sentimientos personales en la configuración de los debates públicos, el concepto de las verdades a medias se centra en la relación con las evidencias verificables del discurso. Son actos comunicativos sobre hechos que se basan solo parcialmente en la realidad. La laguna

de estas omisiones se llena –o no– con exageraciones, tergiversaciones, relativizaciones o descontextualizaciones. Todos estos componentes son el resultado de la inspiración ficticia, a veces espontánea, a veces planificada, del emisor. Son testimonios intencionadamente distorsionados que debido a su anclaje parcial en los hechos no son del todo falsos. Quienes hacen uso de esta técnica de manipulación son conscientes de que la creación de una coherencia narrativa tiene más importancia que la verdad factual para la capacidad de persuasión y el impacto de una argumentación (Gess 2021).

3) El *mentiroso* enuncia afirmaciones en contradicción deliberadamente oculta respecto a su propia convicción, eso es, la creencia interna, sobre un hecho objetivo, un sentimiento o una opinión. Las mentiras niegan la verdad de los hechos, pero precisamente por ello siguen ligadas a su marco de referencia, a diferencia de las verdades a medias. La tergiversación consciente del interlocutor siempre está sujeta a un propósito opaco de gran alcance. La mentira por lo tanto no solo representa un fenómeno comunicativo sino también una acción intencional doble. La intención consiste en ocultar tanto el propósito de la propia mentira como la discrepancia entre lo que se dice y el juicio interno sobre los hechos en cuestión. Finalmente, el factor decisivo de la mentira radica en la motivación personal del emisor, en la voluntad de difundir una falsedad. Es una suerte de falsedad subjetiva (Dietz 2017).

4) El *humbug* se sitúa precisamente entre la mentira y el *bullshit*. Es una habladuría grandilocuente destinada a la tergiversación intencionada y deliberada de los propios pensamientos o emociones. Al igual que con la mentira, la intención del *humbug* consiste en engañar al interlocutor sobre el tema de la conversación, por un lado, y, por otro lado, sobre los propios estados de conciencia, las emociones u opiniones. Es una mentira en una vestimenta ampulosa. La falsedad en la representación de los hechos nunca se basa en la ignorancia. En este sentido, también esta forma de discurso posfáctico está estrictamente orientada a la acción. Pero también alberga un rasgo estilístico distintivo que la acerca a la retórica del *bullshitter* (Black 1985).

5) El carácter ornamental del lenguaje y la discursividad hiperbólica acerca el *humbug* a la figura del *bullshit*. Si en el primer caso se trata de una exageración retórica de un hecho, la intención del segundo radica en la fanfarrona. El *bullshitting* consiste en una locución jactanciosa sin sustancia. No aporta nada al contenido ni al propósito del tema del que pretende hablar. La percepción de la realidad del *bullshitter* está determinada por un criterio orientado a la utilidad: su única preocupación consiste en la funcionalidad de las afirmaciones

para sus propios objetivos. Esto conduce a que el valor informativo de la comunicación no solo se subordine, sino que se anule. Tampoco es necesario que el *bullsbitter* tenga la firme intención de engañar al otro sobre un hecho o sus sentimientos personales. En esto consiste una diferencia fundamental con la falsedad subjetiva del mentiroso. El engaño reside exclusivamente en el despiste del interlocutor sobre los propósitos del acto comunicativo. El ánimo defraudatorio es parte de la dimensión performativa del lenguaje (Frankfurt 2005).

## II

La complejidad que engendra un término inestable como la posverdad (cuyas diferentes acepciones hemos catalogado anteriormente) resulta más significativa para los estudios de la cultura si entra en correlación con la categoría ficción. La ficción en tanto concepto disemina múltiples significados de acuerdo con sus propias formas de producción, sus efectos pragmáticos o sus usos cotidianos. En un primer acercamiento apriorístico, la categoría parece pertenecer al campo de los estudios literarios y su genealogía nos remite a la Grecia clásica, a Aristóteles y Platón quienes reflexionaron en torno a su función en la *polis*. A posteriori, en el siglo XX, la explosión de la lingüística, la teoría literaria y la semiótica informaron sobre la misma de manera un tanto diferente que desarrollaremos para señalar sus conexiones con la posverdad, es decir, para interrogarnos sobre la siguiente pregunta: ¿cómo la posverdad habita la ficción, y cómo la ficción habita la posverdad?

En tanto procedimiento literario, como señala Nicolás Albrieu (2024: 10) y el grupo de teóricos que se reúnen en la revista *Luthor* (2020), los tiempos actuales exigen visitar, estacionar, integrar, desintegrar y rearmar la categoría de *ficción*. Ambas fuentes interrogan y ponen de manifiesto nuestro interés heurístico por la categoría de ficción, buscando complejizarla intensamente y haciendo de ella el pretexto para revisar las teorías y metodologías literarias en uso. Albrieu comienza por reponer las potencialidades y límites de la ficción a partir del texto de Saer *El concepto de ficción* (2014) y su uso en los programas y cursos de Teorías Literarias en Argentina como un texto usual y, en cierto sentido, institucionalizado. A partir de allí, Albrieu repasa los conceptos de Schäffer (2002), el cual piensa la ficción como un fingimiento lúdico compartido. Sin embargo, el campo de la ficción

no puede restringirse a la cuestión literaria (sus artefactos, sus géneros literarios, sus hibridaciones genéricas) sino que debe recontextualizarse ya que el mismo resulta recurrente y común y con gran productividad en otros objetos culturales. La pregunta que nos interesa es justamente aquella que tematiza Albrieu (10): «¿Por qué nos preocupan tanto las ficciones?» La cuestión que despliega matices sobre esta categoría es pensarla, como sugiere Saer (2014), en tanto especulación antropológica, constelaciones culturales que, como nos muestra Albrieu (2024: 19), aferrado a ciertas tendencias de las neurociencias cognitivas, reportan vital importancia para la vida del hombre en comunidad. En el marco de la propuesta de Albrieu, la decisión debiera ser, retomando el célebre trabajo de Martínez y Scheffel (2011), revelar a la ficción no por la condición irreal de los personajes de una novela sino por su imitación del discurso y el hecho de «aludir», entendiendo aludir «como una expresión lingüística; esto es, como representación de un discurso sin un referente empírico objetivo y sin un anclaje en una situación comunicativa real» (Albrieu, 2023: 19).

En esta atmósfera de revitalización de la categoría ficción, la propuesta de Rodrigo Baraglia, Guadalupe Campos, Gustavo Fernández Riva, Ezequiel Vila, Mariano Vilar (2020, Grupo Luthor) nos proporciona una constitución teórica que escudriña, desentraña y muestra su productividad en su libro *Multiversos*. Para lograr esto, los autores se apropian y reconfiguran una tradición norteamericana de crítica que denominan la *Teoría de los mundos ficcionales* (Pavel, 1986; Donezel, 1998; Ryan, 1991). La intención es demostrar la productividad de dicha teoría para pensar el proceso de creación y configuración de los mundos ficcionales que existen en productos culturales, ya sean literarios o no literarios. El aspecto más productivo de estas constelaciones teóricas no se limita a probar la polisemia de la ficción o a la interacción con las subjetividades del lector o al contexto histórico social, sino que implica la elaboración de ontologías compartidas y la tematización de creaciones propias de los objetos estéticos. En el «marco teórico» de los mundos ficcionales existe la proyección de una pantextualidad donde «la literatura no es más que un planeta en el sistema que intentamos trazar» (Grupo *Luthor*, 2020: 14).

Finalmente, para definir el mundo ficcional es necesario hacer intervenir tres elementos: un dispositivo semiótico pragmáticamente marcado como ficcional (lo que Albrieu denomina «encuadramiento»), una enciclopedia (Eco, 1993) socialmente construida y un lector implícito ideal capaz de convencerse de todo y a toda costa (un militante a ciegas, ¿un extremista?). En este marco, resulta factible volver a la pregunta sobre cómo la posverdad habita la ficción y ofrecer una respuesta a partir de Piglia (2001) y su teoría del complot. En



efecto, Piglia elige la tónica del complot (recuperado en este monográfico en las propuestas de Schmich y Wilhelms) que se define como una conjura y como un acto ilegal debido a su persistente secretismo. En este contexto, el relato mismo es un complot y constituye una relación vincular entre narración y amenaza. La misma noción de complot se constituye como una sustitución de la idea de destino y tragedia y permite ingresar a la novela fundando su estatuto político. O, dicho por Piglia: «la novela ha hecho entrar a la política en la ficción como complot». Para comprobar esto, Piglia (2001) lee a Borges («Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», «Tema del traidor y del héroe») y a Arlt (*Los siete locos*). Asimismo, repiensa la vanguardia como aquel complot que impugna la tradición, la desarticula, y quiebra de esta manera el canon, negando valores instituidos y disponiendo nuevas jerarquías. Finalmente, la categoría del complot en Piglia termina de constituirse con la noción de conspiración y nos permite preguntarnos sobre cómo podríamos pensar las formas antisociales, antiestatales y antiartísticas de la misma. El complot modifica el estado de las fuerzas que le son adversas (las fuerzas y acciones de las teorías antifemenistas lo saben claramente), jugando con el secreto y la huida como condición. Todo complot es invisible porque implica una política basada en la debilidad extrema.

La respuesta conjetural sobre cómo la ficción habita la posverdad se habilita a través de la creación infinita de mundos posibles que son palpables en relatos de conspiración, verdades a medias, mentirosos ubicuos, *humbug* y el carácter hiperbólico y ornamental del lenguaje manifestado y aceptado en los encuadramientos o las demarcaciones pragmáticas que suponen estos artefactos que denominamos posverdad. En especial, la cuestión de la conspiración nos resulta el nudo central y más acuciante en cuanto a la posverdad. Para ser rigurosos con esta línea de investigación, resulta fundamental tener presente los estudios sobre el campo de la conspiración en Estados Unidos, en especial aquellos trabajos que provienen de la crítica cultural: el trabajo de Fenster (2024), por ejemplo, nos provee de cuantiosa información sobre el estado actual de las teorías de conspiración radicada en el contexto norteamericano, impregnadas por su historia. El inicio resulta absolutamente esclarecedor sobre este punto: «Every era in recent American memory has begotten its own conspiracy theories» (Fenster, 2024: 346). En ese contexto, el autor muestra cómo comenzó sus estudios de las teorías de conspiración, focalizando la década de 1990 de la historia de su país que se recuerda, particularmente, por la falta de una teoría conspirativa socialmente afamada. Sin embargo, el autor prueba que durante ese período las mismas abundaron y fueron las que dispusieron del germen para el surgimiento de teorías de alto impacto en la



época del *trumpismo*. Entre las teorías conspirativas que estudia el autor pueden nombrarse «la lista de muertes de los Clinton», donde figuraban los asesinatos cometidos por el matrimonio presidencial Clinton.

En líneas generales, los estudios de la conspiración establecieron la estructura de llamada y respuesta para describir las teorías conspirativas y el efecto que causan en los grupos sociales, por ejemplo, los trabajos de Fenster (2024) y Knight (2000). Según Fenster (2024) las teorías de la conspiración ofrecen una respuesta «populista» sobre el triunfo de la élite secreta. Hace hincapié en que las teorías de la conspiración actuales usan la retórica populista para provocar la ira de las masas y destruir la democracia. Esto hace que los teóricos de la conspiración y sus detractores tengan «a similarly parallel relationship with the past: The former connect the present to history –there has always been a conspiracy!– while worried academics and commentators duly note conspiracy theories’ own history and continuous existence» (Fenster, 2024: 345).

En los comienzos de los estudios de conspiración, Fenster sitúa los trabajos difíciles de obviar de Richard Hofstadter (1965) quien conceptualiza la noción de un «estilo paranoico», reconociendo una tradición americana repleta de conspiraciones. Una población que imagina un mundo lleno de pruebas que sortear y fantasías que se expanden en el marco de discusiones acaloradas caracterizando una retórica populista de derecha. Para demostrar esto, Hofstadter (1965: 9) pone a disposición una gran cantidad de ejemplos como los movimientos antimasónicos, los nativistas y antiabolucionistas que propagaban la idea de grupos que complotaban contra EE. UU. Desde esta perspectiva, Hofstadter razonó su presente y una mentalidad que guía a pensar siempre que el país está siendo gobernado por grupos minoritarios o por una élite inalcanzable, secreta, omnipresente y todopoderosa. Una singularidad en la producción del autor fue presentar que las teorías de la conspiración funcionan como «muertos vivientes», como una suerte de Drácula. De esta manera, el estilo paranoico atravesaría dos centurias de historias norteamericanas.

La conspiración como estrategia madre y singular de la posverdad está repleta de encuadramientos que la hacen operar como ficción, y de hecho se despliega en mundos ficcionales arquetípicamente armados para consagrar sus efectos sobre la población donde opera de manera hegemónica. En tal sentido, una caracterización de la posverdad fundamental y propia de textos ficcionales es la necesidad de operar con efectos de verdad. De lo contrario, las mismas no funcionarían en el encuadramiento pragmático. Pensar en efectos de verdad nos obliga a reponer entonces el número 11 de *Communications*, donde

podemos explorar nociones funcionales para la literatura como son el *efecto de realidad* (Barthes, 1972) y lo *verosímil* (Todorov, 1972). En realidad, todo el número de la revista muestra que los discursos no están regidos por una correspondencia con su referente, sino por sus propias leyes. En este contexto, el estudio sobre lo verosímil y los efectos de realidad consiste en devolverle al lenguaje cierta opacidad y no asumir su transparencia, más que como ilusoria, reflatando una prioridad de la lengua en su estado significante. Con el efecto de realidad, Barthes demarca la preeminencia de la función descriptiva y su significación donde la estructura del relato es predictiva y se deduce que no hay otras intenciones predisuestas. De este modo, lo descrito esconde bajo su narración designios que operan en formas de opacidad para la función referencial de la lengua. En base a la descripción se construye un relato que da cuenta del lugar y sus cosas a base de fragmentos poéticos. Los hechos tienen una suerte de personalidad propia, lo descrito justifica poderosamente su existencia narrada gracias a su atractivo que deja fluir. Unido a esto, el concepto de verosímil de Todorov repone la función de huellas que dejan leer el efecto de realidad en los relatos y que funcionan en las narraciones pretendidamente realistas. Todorov sitúa el concepto en Platón y Aristóteles, donde lo verosímil funcionaba como la relación entre un texto y otro –lo podríamos llamar «opinión pública»– que es lo que decide que sea real o no. En su configuración teórica, Todorov promueve dos visiones posibles de verosímil: 1) como una ley discursiva inevitable y 2) como un conjunto de procedimientos retóricos que enmascaran y encubren y subsumen las leyes de lo verosímil como referente o real.

Ambas colecciones de conceptos teóricos resultan fundamentales para explorar y develar las estructuras de los artefactos de posverdad o, al menos, para dar un marco metodológico que nos permita develar su circulación y su reconocimiento como artefactos semióticos. Estas narrativas de complot poseen un conjunto de operaciones retóricas, temáticas y enunciativas que pueden encontrar respuestas a su significación reponiendo el par ficción y posverdad, pero revitalizando asimismo sus efectos de verdad a partir de estrategias funcionales como lo verosímil.

En el sistema de relaciones entre posverdad y ficción, el presente número explora sus infinitas posibilidades en variedades discursivas que recorren el campo de la filosofía (Pac), la historia (Izquierdo), la literatura argentina más institucionalizada como es el caso de Borges y Piglia (Schmich y Wilhelms), la nueva narrativa argentina en las figuraciones ficcionales de los autores Camila Sosa Villada y César González (Relva y Gasel), la literatura judeoamericana contemporánea (Sánchez Canales) y la historia de las ideas occidentales

(Navajas). El orden de los artículos puede entenderse como una conjuración artesanal de las formas que operan sobre la posverdad a través de artefactos, formas de circulación y reconocimientos diferentes, pero retomando la discusión desplegada anteriormente.

¿Qué nos dice el estudio de la metaforología de Blumenberg para establecer una línea de lectura de la posverdad? ¿Cómo podemos leer la historia y el racismo si analizamos un hecho singular como la muerte de George Floyd y sus efectos en el *Black lives matter*? (Izquierdo). ¿Cómo la posverdad puede asociarse a un orden tradicional e inamovible de sociedad? (Navajas). En tal contexto, ¿qué nos dice la literatura argentina más institucionalizada e internacionalizada (traducida, enseñada, referenciada) sobre la posverdad? (Wilhelms y Schmich). ¿Hasta qué punto se cruzan la historia reciente de un país con la ficción literaria para buscar decir la verdad y develar la mentira (Wilhelms sobre Piglia en *Blanco nocturno*); o ¿cómo se enmascara y expande el secretismo en tanto conspiración en *La lotería de Babilonia* de Borges y *La ciudad ausente* de Piglia? (Schmich). ¿Qué pueden decir y hacer las subjetividades subalternizadas frente a la hegemonía institucional que alcanzan las narrativas disruptivas? (Relva-Gasel). ¿Cómo el análisis de la literatura de Roth, luego de veinte años de ser publicado, ofrece respuestas sobre la cuestión del antisemitismo? (Sánchez Canales). Estos interrogantes buscan ser desplegados de manera rigurosa en el presente número.

Para poner en evidencia primero la impronta filosófica que tiene el problema de la relación entre posverdad y ficción, no solo remitiéndonos a Platón o Aristóteles sino ahondando sobre esto a través del género meditación, Andrea Pac ensaya un conjunto de conjeturas sobre Heidegger y Blumenberg, y concluye que los problemas que plantea la posverdad no son epistémicos sino políticos y que, por esta misma razón, la praxis política requiere de un nuevo empuje imaginativo que se nutra del campo filosófico. Para continuar pensando en los campos de las humanidades, específicamente el de la historia, Jesús Izquierdo nos ofrece un panorama innovador que nos permite analizar la forma de hacer historia, aceptando que toda historia es una historia del presente y los compromisos que esta demanda. En tal sentido, revisa un conjunto de argumentaciones sobre el rol de la corona española en el arduo proceso de invasión y conquista en los territorios que hoy se denominan América y que Izquierdo nombra *Aby Ayala*, coincidiendo en el uso con movimientos sociales, ideas indianistas y luchas feministas. El texto de Gonzalo Navaja, por su parte, nos ofrece una perspectiva sobre la emergencia de la posverdad que es imbricada en tres momentos del pensamiento: la crítica de la razón universal kantiana a partir de Søren

Kierkegaard y Miguel de Unamuno; la *Lebensphilosophie* o filosofía de la vida de Wilhelm Dilthey y José Ortega y Gasset con su énfasis en la afectividad y la perspectiva cognitiva individual como vías epistemológicas legítimas. En esta última construcción arquetípica teórica, Navaja reconoce y fundamenta que la misma genera un modo de pensamiento fragmentado y asistemático que es relevante y válido para las situaciones concretas del sujeto individual.

Finalmente, el monográfico pone en evidencia la relación entre posverdad y literatura, eligiendo para ella el recorrido sobre autores argentinos: Piglia, Borges, Sosa Villada y César González. El artículo de Lina Wilhelms estudia *Blanco Nocturno* de Piglia a partir de un análisis literario del concepto de ficción que evidencia el trasfondo de esta aparente crisis epistemológica. La autora ve en Piglia un sujeto que puede anticipar las nefastas consecuencias del dominio de la posverdad, las condiciones sociales y psicológicas que favorecen el ascenso de esta, al vincular la dinámica de crisis del capitalismo con la erosión de autoridad de la confianza en los sistemas tradicionales de conocimiento. El interés de Piglia continúa en las conjeturas que despliega Schmich sobre *La ciudad ausente*, que son acompañadas de un análisis concreto sobre los tipos de secretos en *La biblioteca de Babilonia* de Borges, texto literario sugerido por el mismo Piglia en su *Teoría del complot*. La preocupación por el secreto de Estado viene a constituirse en la argamasa donde se sustentan las teorías de la conspiración de las cuales son usinas difusoras y verosimilizantes. La narrativa argentina reciente es visitada por Relva y Gasel a partir de una exploración de narrativas disruptivas para dar cuenta del complejo proceso de ubicación y reubicación de dos autores: César González y Sosa Villada. Ambos encuentran su lugar en el campo de la producción reciente en el marco de una disputa con diferentes artefactos que intentan reducir su producción a un testimonio de pobreza y subalternidad, recortando exclusivamente un contenidismo expreso en la superficie de su voz: la voz de la travesti pobre que se prostituye y noveliza, la voz del negro pobre que cae preso y se redime. Los estudios de literatura concluyen con un trabajo de Sánchez Canales sobre David Roth, en cuyas propuestas literarias puede rastrearse sucesos fácticos y contra fácticos sobre la cuestión del antisemitismo. Al cumplirse veinte años de la publicación de *The Plot Against America* (2004), Sánchez Canales decide volver a revistar el texto como forma de homenaje y demostrando la gran productividad de este para indagar la especulación sobre la historia y conjetura sobre la América reciente. Estudiar la vida fáctica y contrafáctica del famoso aviador Charles Lindbergh proporciona un camino analítico que le permite formular preguntas inquietantes

en torno a la sinceridad de Lindbergh e instalar la duda sobre si tenía Roth razones fundadas para temer que hubiera sido posible una América como la descrita en *Plot*.

Para concluir, tanto esta introducción como los artículos pretenden abrir nuevos caminos a la investigación y profundización de las configuraciones ficcionales de la posverdad, útil en la praxis política y en la densidad y potencia de la literatura, la filosofía y la historia cultural.

## BIBLIOGRAFÍA

- Albrieu, Nicolás (2024): « El concepto de ficción: revisitando una noción compleja », *El taco en la brea*, 19: 4-16.
- Aparici, Roberto; García-Marín, David (2019): «Introducción», en Roberto Aparici y David García-Marín (eds.): *La posverdad: Una cartografía de los medios, las redes y la política*, Barcelona, Gedisa: 9-13.
- Baraglia, Ricardo; Campos, Guadalupe; Fernández Rivas, Gustavo; Vila, Ezequiel; Vilar, Mariano; Grupo Luthor (2020): *Una introducción crítica a los mundos ficcionales*, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor.
- Barthes, Roland et. al. (1972) *Lo verosímil*, Buenos Aires, Tiempo contemporáneo, traducción al castellano de Dora Dorriots, segunda edición.
- Black, Max (1985): *The Prevalence of Humbug*, Ithaca, Cornell University Press.
- Block, David (2019): *Post-Truth and Political Discourse*, Cham, Palgrave Macmillan.
- Butter, Michael (2018): „Nichts ist, wie es scheint“ *Über Verschwörungstheorien*, Frankfurt am Main, Suhrkamp.
- Chihai et. al. (eds.) (2021): *Postfaktisches Erzählen? Post-Truth - Fake News – Narration*, Berlin/Boston, De Gruyter.
- D’Ancona, Matthew (2017): *Post Truth. The new war on truth and how to fight back*, London, Ebury Press.
- Dietz, Simone (2017): *Die Kunst des Lügens*, Stuttgart, Reclam.
- Doležel, Lubomír (1998): *Heterocosmica*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- Eco, Umberto (1993): *Lector in fabula: la cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona, Lumen.
- Enroth, Henrik (2023): «Crisis of Authority. The Truth of Post-Truth», *International Journal of Politics, Culture, and Society*, 36/2: 179-195.
- Fenster, Mark (2024): «Studying Conspiracy Theory after the (Current) Rise of Right-Wing Populism», en Butter, Michael; Hatzikidi, Katerina; Jeitler, Constanze; Loperfido, Giacomo; Turza, Lila (eds.): *Populism and Conspiracy Theory: Case Studies and Theoretical Perspectives*, London/New York, Routledge: 344-358.
- Frankfurt, Harry (2005): *On Bullshit*, Princeton, Princeton University Press.
- Gess, Nicola (2021): *Halbwahrheiten. Zur Manipulation von Wirklichkeit*, Berlin, Matthes & Seitz.

- Kalpokas, Ignas (2019): *A political theory of post-truth*, Cham, Palgrave Macmillan.
- Kelly, Meg; Kessler, Glenn; Rizzo, Salvador (2021): «Trump's false or misleading claims total 30,573 over 4 years», *The Washington Post*, 24/01/2021, en <https://www.washingtonpost.com/politics/2021/01/24/trumps-false-or-misleading-claims-total-30573-over-four-years/> (23/12/2024)
- Knight, Peter (2000): *Conspiracy Culture*, London, Routledge.
- Martínez, Matías; Scheffel, Michael (2011): *Introducción a la narratología. Hacia un modelo analítico-descriptivo de la narración ficcional*, Buenos Aires, Las cuarenta, traducción al castellano de Martín Koval.
- McIntyre, Lee (2018): *Post-Truth*, Cambridge, Massachusetts Institute of Technology Press.
- Oxford English Dictionary (2023): «Post-truth», en <https://www.oed.com/search/dictionary/?scope=Entries&q=post-truth> (último acceso: 23/12/2024).
- Pavel, Thomas G. (1980): «Narrative Domains», *Poetics Today* 1 (4): 105-114.
- Pavel, Thomas G. (1986): *Fictional Worlds*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Piglia, Ricardo (2014): «Teoría del complot», en Ricardo Piglia: *Antología personal*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica: 99–118.
- Ryan, Marie-Laure (1991): *Possible Worlds, Artificial Intelligence, and Narrative Theory*, Bloomington, Indiana University Press.
- Saer, Juan José (2014): *El concepto de ficción*, Buenos Aires, Seix Barral, Cuarta edición.
- Schaeffer, J.M. (2002): *¿Por qué la ficción?*, Madrid, Lengua de Trapo, Traducción al castellano de José Luis Sánchez Silva.